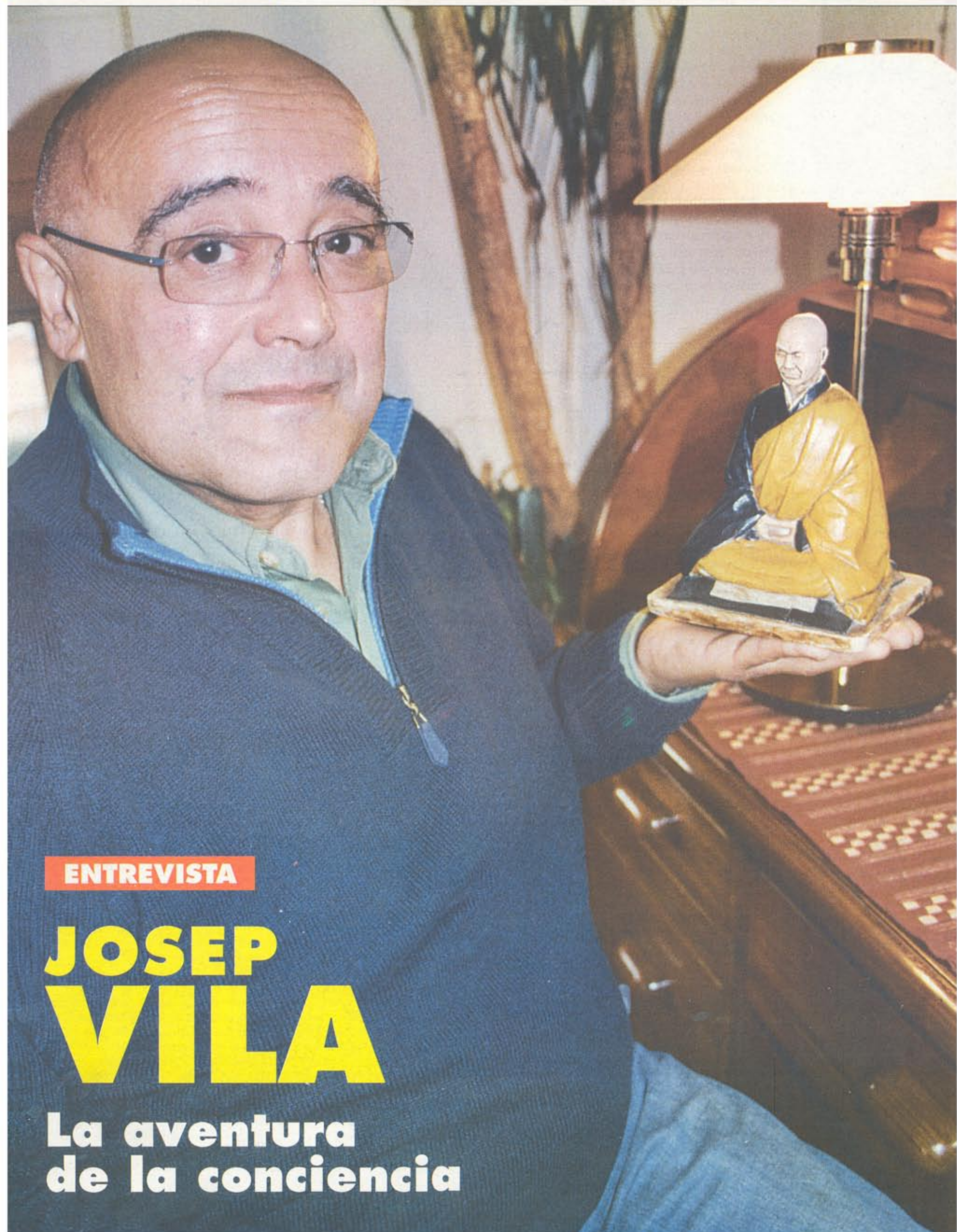


Any: XII ♦ Núm.: 421 ♦ 01 / 07 de NOVENBRE del 2007

la gasetta

DE SABADELL



ENTREVISTA

JOSEP VILA

La aventura
de la conciencia

E

ENTREVISTA



Josep Vila en su piso de la calle Sant Maties. El terapeuta acaba de publicar «Deja que suceda», donde narra su viaje hacia la sanación física y la iniciación en un sendero espiritual. Es un viaje real, vivido por un hombre común de nuestro tiempo, y a la vez una encarnación arquetípica del viaje de todo héroe de cualquier época. Quienes se sientan atraídos por el conocimiento de las culturas amazónicas y su espiritualidad encontrarán en este libro información actual de primera mano



JOSEP VILA

Terapeuta. Nació en Sabadell el 14 de octubre de 1951. Estudia una carrera técnica y se convierte en un joven empresario, hasta que sus problemas de salud le llevan a buscar una solución que la medicina occidental le niega. Entra, así, en contacto con la medicina tradicional amazónica y el conocimiento de las llamadas «Plantas Maestras», a través de las cuales encuentra no sólo la sanación física sino el descubrimiento de sus capacidades como sanador para ayudar a los demás. En la actualidad coordina una docena de grupos de trabajo, repartidos por toda España; se desplaza una vez al mes hasta Irlanda, donde colabora estrechamente con otros grupos; y cada año realiza dos o tres viajes a la Amazonía peruana, donde mantiene el contacto con los maestros depositarios de esa milenaria tradición espiritual. El resto del tiempo trabaja como terapeuta en el Centro Yesod (Plaça de l'Àngel, 4), de Sabadell, que fundó con su esposa, Esperanza López, hace ya catorce años.

Text i Fotos:
JOSEP GAMELL



Su voz es cálida y susurrante. Gesticula pausadamente y transmite una profunda sensación de paz. Su presencia aporta luz en un mundo tan necesario de seres luminosos. Nada más lejos de su intención que presentarse como defensor de ninguna causa, de ninguna odisea, como profeta tocado por los dioses. Josep Vila es simplemente una persona que ha descubierto su camino hacia la vida, su propio camino para habitar el mundo en libertad. «Nuestro sistema de vida está basado en la aceptación de la enfermedad y la muerte. Se mire hacia donde se mire, los valores imperantes, los objetivos inmediatos, denotan que vivimos en una sociedad enferma. Pero la vida, aquello único que de verdad poseemos, nuestro auténtico

tesoro, no tiene nada que ver con todo ello. La vida... me vienen muchas palabras a la boca, y me siento tentado de decirlas todas atropelladamente, como si fuera posible descubrirle la verdad a nadie, como si pudiera decir aún algo original. Lo único original es vivir. Vivir esta vida individual que es irrepetible, un misterio. Negarse a aceptar cualquier sentencia de trabajo forzoso, de enfermedad irreversible, de muerte prematura; cualquier condena a una vida insignificante y anodina», explica. Para ello piensa que hay muchos caminos, «el camino es siempre aquello que llaman espiritual, porque sólo abriéndose al espíritu se sale de los rediles, se regresa a la verdadera vida», dice. El camino de Josep Vila ha sido el de las Plantas Sagradas, pero muchas personas lo

encontraron por otros senderos. Y no es su intención, insiste para que quede bien claro, hacer pasar ninguno por mejor que otro, «el que a cada uno le abra el arcón del tesoro, la herencia de la vida, el corazón que late en su pecho, ese es el bueno», sentencia. Josep Vila nació en Sabadell en 1951, estudia una carrera técnica y se convierte en un joven empresario, hasta que sus problemas de salud le llevan a buscar una solución que la medicina occidental parece que no le puede ofrecer. Entra así en contacto con la medicina tradicional amazónica y el conocimiento de las llamadas plantas sagradas, lo que supone para él no solo su sanación personal sino el descubrimiento de sus capacidades para ayudar a otros como sanador.

En la actualidad se dedica por entero al trabajo con las «plantas maestras», como a él le gusta decir, ya que su propósito al usarlas es despertar al maestro interior que cada persona lleva dentro. Este trabajo con las plantas tiene una doble vertiente: sanación y conocimiento. En definitiva, encontrar (y dejar que suceda) el camino que a cada uno le es propio en la vida. Repartidos por toda España, hay alrededor de una docena de grupos de trabajo vinculados con él de manera totalmente libre y espontánea, sin ningún tipo de organización formal. Una vez al mes se desplaza hasta Irlanda, donde existen otros dos grupos de trabajo con los que colabora estrechamente. Y, además, cada año realiza al menos dos viajes a la Amazonía peruana, donde está en contacto con

E

ENTREVISTA

los maestros depositarios de esa milenaria tradición espiritual, en compañía de las personas que deseen tener la experiencia de trabajar con las plantas maestras en su propio lugar de origen. El resto del tiempo desempeña su oficio de terapeuta en el Centro «Yesod», que fundó en el año 1993 en Sabadell junto a su esposa Esperanza. Josep y Esperanza también trabajan con Respiración Holotrópica y otras técnicas terapéuticas corporales. Ambos se han formado con el doctor Stanislav Grof, pionero de la psicología transpersonal y creador de la Respiración Holotrópica. Además, colaboran junto con Sítara Blasco y Juanjo Segura, coordinadores y formadores de Grof Transpersonal Training en España, impartiendo talleres de Respiración Holotrópica. Josep Vila me ha recibido muy amablemente en su piso de la calle Sant Maties esquina con Gran Vía, donde vive con su esposa desde hace 26 años. Con un cigarrillo en la mano, se dispone a contestar con exquisita educación y extremada paciencia cualquier pregunta. Tiene un magnetismo muy especial.

¿Qué recuerda de su infancia?

Mi infancia y también juventud fueron una lucha constante por impedir que se cumplieran los designios de mi padre. Aún me parece estar oyéndole decir: «No llegarás nunca a nada en la vida. Tus compañeros sí que triunfarán, porque estudian más que tú, son más listos que tú». Sé que lo decía por mi bien, pero yo estaba dominado por un permanente temor al fracaso.

¿Dónde estudió?

Prefiero no revelar el nombre de la escuela porque no guardo ningún buen recuerdo. Todo lo contrario. Yo tenía pánico de ir a esa escuela. Era un auténtico cuartel. Cada día pasábamos un riguroso control de limpieza; las uñas, las manos, la bata. Si había algo que no superara el examen, por ejemplo, los zapatos sucios de jugar a la pelota en el trayecto de casa al colegio, te mandaban a la clase de las niñas y te ponían de

rodillas cara a la pared, con los brazos abiertos en cruz y dos libros en cada mano. Y si te caían, te hacían juntar los dedos de la mano hacia arriba y te pegaban con una regla de madera en las yemas. Así transcurrió mi infancia. Luego vinieron los estudios superiores. Los saqué como pude. Fue una etapa muy dura para mí.

¿Dónde vivía, entonces?

En la calle Canonge Joncar, en la Creu Alta.

Josep Vila Tronchoni nació en Sabadell el 14 de octubre de 1951. Sus padres, Francesc i Rosa, trabajaban codo a codo en la empresa textil de su propiedad. Josep tiene una hermana menor, Rosa Maria.

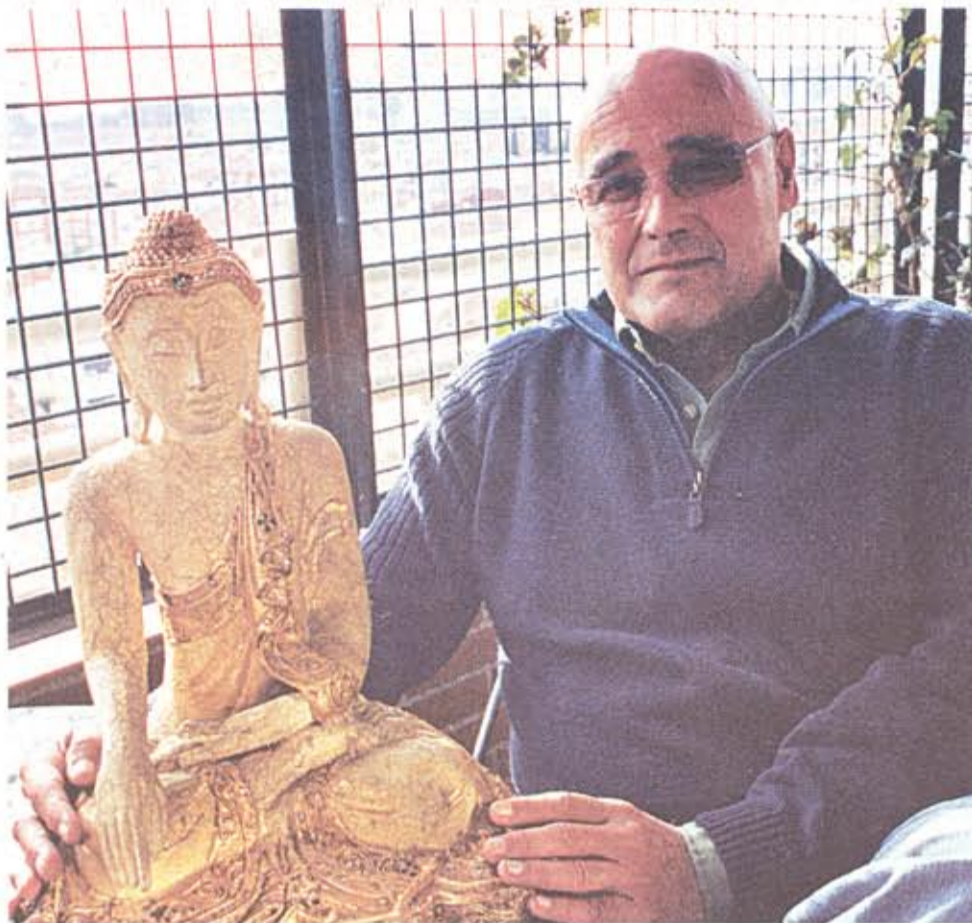
¿Cuáles eran sus aficiones durante la adolescencia?

Sólo me interesaba la música. A los quince años no me gustaba demasiado estudiar; estaba lleno de fantasías y soñaba con ser músico como mis ídolos de la época. Aprendí a tocar la guitarra y me dediqué a ello, formando parte de grupos de mi ciudad (Olimpia Grup, entre otros). Era bastante bueno y esto ayudó a que subiera mi autoestima.

Pasaron los años y Josep estudió la carrera de Ingeniería Textil. Más tarde se incorporó al mundo profesional. Fue gerente de una multinacional francesa de productos lácteos durante 14 años. Durante ese espacio de tiempo, también encontró a la que en la actualidad sigue siendo su esposa, Esperanza López. Se casaron el 3 de marzo de 1973 en el Santuari de La Salut, «nos conocimos en un baile particular. Estaba guapísima, espectacular. Yo tenía 17 años y ella 16», recuerda. Tienen tres hijos: un niño que nació muerto, Meritxell y Francesc. Y una nieta, Asha. A base de mucho trabajo y esfuerzo Josep consiguió ser alguien en los negocios y alcanzar una posición social holgada.

Su padre, por fin, se sentiría orgulloso de usted.

Sí. Comencé a percibir su respeto y a sentirme valorado. Cada vez nos entendíamos mejor. Además de un padre estaba descubriendo un amigo. Entonces me di cuenta de lo mucho que le quería y le necesitaba. Comencé a entender que todo lo que me hizo pasar de pequeño lo hizo por mi bien. A su manera, como él entendía que debía ser. Y justo cuando estábamos empezando a encontrarnos y a reconocernos, se me muere a los 61 años víctima de un cáncer de pulmón.



A la izquierda, Josep Vila en la terraza de su casa fotografiado con su libro y con un cactus San Pedro, planta sagrada que utilizan los santeros peruanos con fines curativos

más mínimo. Iba por la vida aturdido, literalmente drogado. Estaba desahuciado, hasta que Esperanza tomó las riendas de mi vida.

¿Su mujer?

Sí, comencé a confiar en ella. Me llevó a un especialista en esencias florales que además era numerólogo. A mí me parecía que había llegado el momento de probar lo que fuera, así que le di carta blanca. Comencé a tomar esencias florales de Bach combinadas con la medicación tradicional, que no me atrevía a dejar de golpe, todavía dependía demasiado de los medicamentos.

¿Y cómo funcionó?

En apenas unos días sentí un gran alivio. Esperanza me habló entonces de un tratamiento de acupuntura y lo hice. Todo lo que ella me proponía yo lo acataba, por lo menos ella me auguraba posibilidades de salir de la depresión. Había dejado de ser un desahuciado. Poco a poco se fue atreviendo a insinuarme que asistiera a conferencias, que conociera gente de su círculo. Hasta que me presentó a Marina, que impartía cursos de crecimiento personal para mujeres en nuestro Centro «Yesod», de Sabadell. Ella fue la que me habló, por primera vez, de la Ayahuasca.

¿Qué le explicó?

Que la Ayahuasca era una planta sagrada que ayuda

a tomar conciencia de uno mismo y posibilita poner en orden las emociones, los traumas y los apegos personales. En este proceso uno puede reconocerse, perdonarse y perdonar, disolver las historias pasadas. La planta es psicoactiva, capaz de manifestar tu forma de ser, tu propia esencia. Y que la manejaban los componentes de una iglesia de origen brasileño, el Santo Daime. «Lo hacen con la máxima seriedad, ya que muchos de sus dispensadores son psicólogos y terapeutas, No tienes por qué preocuparte, son gente de fiar», me dijo. En definitiva, ella creía que podía serme útil para comenzar mi búsqueda. ¿Pero no será una droga? —pregunté con desconfianza. «En absoluto. Se trata de una planta sagrada», me respondió.

Le confirmaron que el Santo Daime realizaba sus trabajos los días quince y treinta de cada mes. El próximo sería un encuentro internacional dirigido por el Padrinho Alfredo, el jefe de la Iglesia. Seguro que sería especial. Finalmente Josep confirmó su asistencia.

¿Qué recuerda de ese encuentro?

Se celebró en una masía situada en medio de la montaña, cerca de Anglès, en Girona. Era un lugar tranquilo y de exuberante vegetación. Me sentía por un lado embargado de emoción, pero por otro estaba receloso, pues no sabía lo que me esperaba. Me habían hablado del Santo Daime como de una iglesia de origen brasileño con sede en España y practicantes por toda Europa, pero yo tenía mis prejuicios: yo era un ejecutivo, un hombre que no creía en esas cosas. ¿Con qué tipo de gente me iba a encontrar?: ¿drogadictos?, ¿chalados que pretendían alucinar?, ¿hippies?, ¿fanáticos?

¿Y qué tal?

Al acercarme observé una gran cantidad de coches, sobre todo de matrículas extranjeras: francesas, italianas y holandesas. De modo que era verdad que se trataba de un encuentro internacional. El lujo de los vehículos me tranquilizó bastante. De entrada, me entregaron un cuestionario que debía rellenar. Contenía preguntas tales como si padecía alguna enfermedad física o psicológica, si tomaba medicamentos o si ingería sustancias alucinógenas. Era un test muy completo y me dijeron que era imprescindible rellenarlo si quería participar. Aquello siguió tranquilizándome, me parecía un procedimiento serio. Tras el papeleo me

Un golpe muy duro.

Su enfermedad y su muerte me afectaron mucho. De pronto me sentí huérfano, abandonado, traicionado. Me dejó solo en el momento en que empezaba a disfrutar de su presencia, de su compañía, de su comprensión. Ahora me doy cuenta de que, a pesar de que en aquella época yo ya tenía mi propia familia, mi esposa y mis hijos, seguía necesitando. Mi vida cambió de golpe.

¿En qué sentido?

La muerte de mi padre fue el primer paso hacia una fuerte depresión. Empecé a sentir miedo, no podía dormir por la noche y durante el día me notaba cansado y triste. Mi existencia se llenó de terrores e inseguridad. Entré en una depresión tan

profunda que me hizo cuestionarlo todo. La depresión es terrible, caes en un pozo sin fondo. Todo es negativo, oscuro, tienes la certeza de que nadie te entiende y te sumerges en un mundo aparte. Cada despertar era una carga negativa brutal; había días en que Esperanza me tenía que echar literalmente de la cama. Sólo de pensar en salir a la calle, coger el coche y enfrentarme al trabajo, hablar con la gente —que era a lo que me dedicaba—, sentía terror. A partir de ahí inicié una peregrinación de psiquiatra en psiquiatra. Me cambiaban la medicación cada dos meses, me atiborraban de tranquilizantes y antidepressivos. Ni sé la variedad de medicamentos que llegué a probar. Pero no mejoraba lo

